

ejemplos, al que no solo fué muy útil en lo espiritual con sus virtudes pastorales, sino aun en lo temporal, libertándolo de los males de la guerra, haciendo retirar á los normandos que amenazaban invadirla, y conteniendo á los árabes en sus límites con un ejército que reunió confiado en la proteccion divina. Por todos estos motivos era muy amado de su pueblo; mas un suceso desagradable, cuyo autor fué castigado del cielo, segun el mismo Santo se lo anunció, le hizo abandonar su nueva grey, retirándose al monasterio de San Juan Cabero, que él mismo había fundado, con resolucion de terminar allí su vida.

Cuando moraba en este monasterio con suma paz y tranquilidad de espíritu, le fué ordenado por Dios en la oracion, edificase otro dedicado al Salvador en el pueblo del Villar, y profesara en él la vida religiosa. Obedeció el Santo, y pasando á ese lugar, reconoció el sitio, levantó el monasterio, y congregando varios monges de conocida virtud, les puso por abad á Franquilia, varon de eminente santidad, y los vistió el hábito benedictino. Los monges, muerto el abad, lo nombraron su sucesor sin dar oído á sus excusas, y en los felicísimos dias de su gobierno, fué llena de bendiciones celestiales y de personajes ilustres aquella nueva casa. Favorecióle el cielo con el don de milagros, de que hizo tantos, que se escribió de ellos un libro que se conservó depositado en aquel mismo monasterio que tanto había ilustrado con su presencia. Lleno, en fin, de virtudes, murió el 19 de Marzo de 977, á los setenta años de su edad: su cuerpo fué depositado en el oratorio de San Pedro de Cela-Nova, y despues colocado solemnemente en una capilla del claustro del mismo monasterio, cuando el papa Celestino III lo puso en el catálogo de los Santos.

## BRIEVE DIGRESION

### SOBRE EL CULTO DE LOS SANTOS, Y. SUS MOTIVOS.

La gloria de los Santos es el asunto de la alabanza perpetua en que se ocupa la Iglesia, y con que al mismo tiempo que engrandece el Señor por la obra admirable que ejecuta su diestra soberana en la santificacion de las almas, promueve la edificacion de las que aun todavía pelean en la tierra, por coirse en la patria el lauro de la inmortalidad bienaventurada. Semejante la Iglesia á una madre que ve los adelantos de sus hijos y el logro de sus gloriosas empresas con todo el interés que demanda el amor maternal, la Iglesia contempla con placer la felicidad inefable de que disfrutan inanimablemente en el cielo los héroes del cristianismo, que no reconocen otro seno materno que el de esta virgen madre que los concibió y dió á luz en el tiempo y lugar del merecimiento, para que recogiesen sus frutos en la estancia de la paz y perpetua alegría. Así es que no separa la consideracion del mérito de la del premio que ha adquirido, hallando en uno y otro aquella excelencia, propia de sus esclarecidos hijos, que los hace dignos del culto religioso que les tributa. Ella medita la sublimitad de sus virtudes, la heroicidad de sus empresas, la perfeccion de sus obras, el fruto logrado por la eficacia de sus ejemplos, por la virtud de sus palabras, por la sabiduria de sus escritos, por la santidad de sus instituciones; y de todo deduce el conocimiento de un mérito que se atrae nada menos que la aceptacion y bendicion del Dios de santidad y de sabiduria que rige los destinos de los mortales, y si castiga el vicio, premia la virtud. La santificacion inmensa, que por la correspondencia á la gracia se produjo en aquellas almas, forma las delicias de su amorosa madre: Ella ve los progresos que en variedad de grados ha hecho en ellas la gracia santificante: contempla el ardor de su caridad, que como un gran incendio se ha apoderado de ellas, y alza su activa llama hasta los cielos: el crecimiento de sus virtudes, el desarrollo de los dones del Espíritu Santo, la dulzura, suavidad y fragancia de sus frutos, lo deleitable de sus bienaventuranzas, y lo precioso y rico de las gracias de que fueron adornados, y con que tanto trabajaron en bien de sus hermanos, y enagenada á la vista de una santificacion tan prodigiosa, adora la mano salvadora y benéfica que los supo sacar del abismo de la miseria y de la cor-

rupcion, y formar de ellos, mediante esta santificacion, una imagen hermosísima de la Divinidad.

Tan alto mérito, santificacion tan sublime, demanda de la Iglesia los honores del culto, y ella no puede negarse á tributar á los santos los que les corresponden, á vista de esta su verdadera y propia excelencia. Pero ¿cómo mas crece lo estable de este objeto magnífico cuando contempla la alta dignidad á que este cuerpo glorioso ha sido elevado por el Dios de la Magestad que forma de él su corte, y corte de príncipes excelsos que reinan en la patria con Dios, y el Cordero de Dios con ellos, y á quienes distingue tanto el mismo Dios y Señor soberano del cielo y de la tierra, que los apellida Dioses é hijos todos del Eterno: "*Yo dije: vosotros sois Dioses é hijos todos del Excelso*" ¡Premio digno de todo un Dios infante, que no mira á la pequeñez de su criatura, sino á la longanidad de su corazon divino; no á la entidad de las obras del hombre, sino á la estimacion que de ellas hace su bondad; no finalmente á solo el merito de la cooperacion del hombre, sino al inapreciable de las gracias y dones con que lo enriqueció, y que corona en él con la magnificencia propia de un Dios.

A tal engrandecimiento y suma dignidad corresponde el bien lleno y perfecto de que disfrutan estas almas, y que siéndoles ya propio se refunde, por explicarnos así, en propia excelencia. Ellas han conseguido la verdadera y formal bienaventuranza, que consiste en la vision intuitiva de Dios, á la cual sigue el amor beatífico con que le aman, y le aman de manera que por una dulce necesidad de amarle, no pueden ya dejar de amarle. Propiedad es tambien de la bienaventuranza esencial la impecabilidad; que sigue necesariamente al amor beatífico, y que hace verdaderamente á la alma beata, un objeto digno de nuestra veneracion y acatamiento; tanto mas, cuanto que no se los tributamos precisamente por sí mismas, ó como un objeto formal de nuestra adoracion y nuestro culto, sino por Dios, que es este objeto formal, y cuya bondad resplandece en las almas. Esta bienaventuranza esencial tiene aun otras dos propiedades que llenan y perfeccionan todo el bien que disfruta la alma, y son la perpetuidad y la inamisibilidad: por la primera entendemos que se perpetúa en ellos la bienaventuranza tan absolutamente que es eterna; mas como aun esta perpetuidad no sería un bien lleno si fuera posible perderla, viene la inamisibilidad, esto es, la imposibilidad de perderla, á redondear y perfeccionar este bien, de modo que no le queda á la alma bienaventurada cosa alguna apetecible que no tenga, ni mal, daño ó peligro de que no se vea libre y asegurada de todo punto; y esto es lo que complementa el descanso eterno, é inefable quietud en que está la alma beata, disfrutando y gozando del bien sumo que es Dios, como de un bien propio suyo que adquirió con el derecho que le dió la gracia, y que posee quieta y pacíficamente sin el mas mínimo riesgo ni temor de ser jamas turbada en su dulce posesion. Si estas propiedades fueran extrínsecas al alma, y no las tuviera como una cualidad de la bienaventuranza

que disfrutan, aun no sería esta absoluta; pero no es así: la bienaventuranza que goza es abintrínseco, ó por sí misma perpetua é inamisible; y los bienaventurados son absolutamente impecables abintrínseco, si bien no con aquella especie de impecabilidad que por sí mismo y de su misma esencia tiene Dios, ni por aquella que la humanidad de Cristo tiene por la union hipostática, y que lo hizo santo por naturaleza, sino por la vision intuitiva y amor beato de Dios, que fija y confirma á la alma en el bien, de un modo inamisible.

Parece extraña esta proposicion, al contemplar por una parte lo que es el hombre en la tierra, y por otra lo que es Dios en sí mismo, esto es, que en el hombre no se puede dar la impecabilidad ó santidad esencial, que es propia solo de la Divinidad; pero repetimos que esta impecabilidad de los bienaventurados procede, no de su propia esencia, sino de la vision de Dios y de su amor: véamos cómo. No puede haber pecado en la voluntad, sin que se dé en el entendimiento un dictámen defectuoso ó por error, ó por ignorancia, ó por inconsideracion, mediante el cual proponga á la voluntad algo digno de abrazarse ó que cese en el acto, lo cual en realidad no deba ser querido ó abrazado, por ser contrario al recto y verdadero fin, ó por declinar de esta rectitud; pues hé aquí que el entendimiento que ve á Dios claramente, no puede formar este dictámen defectuoso, porque no puede haber en él ni error ni ignorancia, supuesto que ve en Dios claramente todas las cosas que pertenecen á su perfeccion. Tampoco puede haber inconsideracion, porque la vision de Dios siempre es actual, y de tanta eficacia, que el que así ve á Dios no puede pensar ó advertir mas que al mismo Dios, y aquello que es conforme á su divina voluntad. Fuera de que el entendimiento que ve á Dios claramente, ve el sumo bien y todo cuanto bien hay, y un bien tal, que no puede dejar de ser amado. Por consiguiente no puede aprender y proponer á la voluntad como bueno, aquello que sea contra el verdadero y sumo bien que está mirando y amando necesariamente. Por último, el bienaventurado que ve á Dios, no puede querer cosa alguna que no sea segun Dios y en orden al mismo Dios: luego no puede pecar. La razon de que no pueda querer sino lo que es segun Dios y en orden á él, es la siguiente. Por el amor beatífico el hombre se dirige de continuo á Dios como á último fin, y se le une y adhiere inseparablemente; y al contrario, por el pecado se separa de Dios como de su último fin; es así que el adherirse á Dios y el separarse de él son acciones contrarias, que no pueden darse juntamente en el acto en un mismo sujeto; luego si está, como realmente está adherido á Dios, no puede separarse de él.

Se hará mas perceptible esta asercion, si contemplamos los dotes del alma bienaventurada, que son la vision, la comprension ó tension del bien sumo y la delectacion, los cuales corresponden á las tres virtudes teologales; la vision á la fé, la comprension á la esperanza, y la delectacion á la caridad. Dáanse estos dotes al alma bienaventurada, porque la bienaventuranza es una íntima conjun-

cion del alma con Dios, y cierto matrimonio espiritual; y así como el dote se da muchas veces á la esposa por el esposo mismo que la ama tiernamente, y con el cual trata de disponerla y adornarla convenientemente, así el Señor da estos dotes á la alma, para disponerla y hacerla capaz del gozo eterno é inefable de sí mismo. Mas no se entienda que estos dotes, ó por mejor decir, sus nombres, vision, comprension, delectacion, se tomen aquí por operaciones de ver á Dios, de comprenderle, de deleitarse de él; sino por los hábitos ó cualidades que adornan y disponen al alma para esta perfecta union; aunque si mediando estos hábitos se verifican las operaciones de esto mismo, que es en lo que consiste la misma bienaventuranza y conjuncion del alma con Dios; de modo que como dotes son la disposicion, y como operaciones son la misma bienaventuranza. Estos hábitos ó cualidades no son otra cosa que la luz de gloria y el hábito de caridad que elevan al alma á la vision y fruicion de Dios. La *vision* como dote es *luz de gloria* que dispone y perfecciona al entendimiento para recibir la divina esencia en lugar de especie, y lo clarifica de tal modo, que queda libre de toda oscuridad. La comprension, segun algunos teólogos, es tambien luz de gloria en cuanto á que mantiene habitualmente la misma vision actual, mas segun otros es hábito de caridad en cuanto á que abraza tan firmemente el bien sumo, que esté ya en estado de nada mas esperar, sino de poseerlo todo; y este es el estado propio de comprension, el cual se opone al estado de viador, que es un estado de contingencia, de esperanza y deseo. Finalmente, la delectacion es hábito de caridad, en cuanto dispone para percibir la delectacion beatifica.

Esta vision intuitiva no es como la vision de los ojos, ni como el discurso de la mente, ó el simple entender de nuestra inteligencia en la tierra; es una vision inefable en la cual se dá el ser vision y el ser intelectual, el ver á Dios como es en sí; pero mediante la luz de gloria y la especie con que Dios se muestra al alma. En cuanto á la comprension, no quiere decir que el alma sea capaz de comprender á Dios, sino que lo aprende, lo tiene en aquel grado que le han merecido la gracia que se le concedió y la correspondencia que ella tuvo con sus virtudes y sus obras, especialmente con su caridad. Así es que, aunque se le da el gozo de todo un Dios infinito, no por eso lo aprende infinitamente, porque el alma no tiene una capacidad infinita; pero sí lo aprende de modo que toda quede llena en toda su capacidad, en aquel grado que le ha merecido su caridad; y estas son las mansiones de que habla el Salvador á sus Apóstoles, los grados mas ó menos sublimes de glorificacion correspondientes al mayor ó menor mérito de los Santos, segun lo cual habla el Apóstol de la consecucion de la bienaventuranza como de una adquisicion tenida por débito de justicia, en lo que no quiere decir otra cosa sino que la gracia dá al hombre derecho para la gloria, y que Dios cumple fielmente en dar como paga de justicia aquello á que de antemano dió al hombre derecho en la gracia, y que se

lo dá en aquel grado correspondiente en la aceptacion divina al mérito de su criatura. No por esto el alma bienaventurada resiente menoscabo en su gozo, porque el objeto que abraza es infinito, y ella no conoce en sí sus propios límites por estar perfectamente llena y satisfecha en toda su capacidad; de donde es tambien que no puede tener envidia de las almas que están en mas alto grado de gloria, pues la plenitud que cada una tiene en sí misma, le hace que no le quede que desear. La delectacion complementa toda la felicidad del alma, pues es la facultad de deleitarse con el objeto mismo que vé y que abraza, y siendo este la suma bondad y perfeccion, la suma dulzura y suavidad, causa toda delicia en el alma bienaventurada.

Aunque lo dicho hasta aquí basta para descender al objeto para cuyo esclarecimiento hemos tocado estos puntos, hablaremos algo sobre los dotes de gloria con que es adornado el cuerpo del bienaventurado; pues mas adelante necesitaremos de esta prévia reflexion. El cuerpo del bienaventurado que ayudó á la alma á procurar su salvacion, entra con ella á la parte de los gozos de la bienaventuranza, pues redunda en él en cuanto es capaz de participar la inefable dulzura y saciedad de que disfruta el alma y tiene tambien sus dotes propios, y tales cuales corresponden al cuerpo de un comprensor.

Dote del cuerpo de un bienaventurado no es otra cosa que una cualidad sobrenatural que dimana de la alma bienaventurada al cuerpo unido á sí y plenamente sujeto. Este dote lo perfecciona y dispone á la bienaventuranza y la gloria, pues así como el alma se dispone y perfecciona por ciertos dones en orden á la conjuncion con Dios, así tambien el cuerpo recibe los suyos cuando en la resurreccion se une de nuevo á la alma bienaventurada. Cuatro son los dotes del cuerpo glorioso: impassibilidad, sutileza, agilidad y claridad. Por la impassibilidad se excluye del cuerpo todo padecimiento, de modo que de cuanto aquí padece á causa de su corrupcion, esto es, de su corruptibilidad, se ve exento en la gloria por toda la eternidad. La sutileza es una cualidad que hace al cuerpo capaz de penetrarse por otro cuerpo, sin tener ó experimentar en sí descomposicion ó ruptura. Por la agilidad se hace el cuerpo extremadamente movable, de modo que puede vencer en breve espacios inmensos. Finalmente, la claridad lo hace luminoso y diáfano, semejante al cristal, para que en él aparezca su admirable organizacion interior.

Reconocamos tambien en los bienaventurados dos especies de coronas, de las cuales la principal es el premio esencial que reciben, y se llama corona *aurca*, y la otra, llamada *aurolea*, es el premio accidental, que es un gozo accidental de una victoria excelente. La *aurca*, ó premio esencial, corresponde á la victoria comun que alcanzan los justos en fuerzas de la caridad. De la *aurolea* distinguimos tres clases; la de los mártires, la de los doctores, la de los virgenes, lograndola los que pertenecen respectiva-

mente á estas clases, sean hombres ó mugeres; y aunque este premio se recibe en la alma, redundá tambien en el cuerpo por cierto esplendor que lo distingue.

Mucho tendríamos aún que decir sobre la gloria del alma y del cuerpo de un bienaventurado, y especialmente de aquellos que han sobresalido por una santidad extraordinaria; pero lo dicho basta para que veníamos ya á nuestro objeto. ¿Y cuál es este? Conocer de un modo mas especial y reflexivo la justicia con que la Iglesia rinde á los Santos el culto público que les tributa. Hemos visto la especial y propia excelencia de los Santos, ya en su mérito, y ya en el premio con que el Señor los decora y perfecciona; y esta debemos acreedores á nuestro respeto, á nuestra veneracion, á nuestro culto religioso; en una palabra, á nuestra adoracion.

Para entender esto debidamente, hemos de distinguir entre la adoracion que tributamos á Dios, y la que rendimos á sus Santos; pues la diferencia entre una y otra es inmensa. Adoramos á Dios por sí mismo, como á nuestro primer principio y último fin, nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Señor, nuestro Criador, Redentor, Justificador y Remunerador, de quien todo depende, y sin quien nada se hizo, reconociendo su infinita excelencia, suma bondad y perfeccion; excelencia, bondad y perfeccion que por sí mismo tiene sin recibirla de nadie, como un sér supremo, soberano independiente, que por sí mismo existe, y que es infinito, eterno, inmenso, incompreensible, y que siendo un sér purísimo y simplicísimo, tiene en sí esencialmente infinitas perfecciones, y cada una de ellas infinitamente infinita. Bajo de esta inteligencia le tributamos un culto absoluto y una adoracion ilimitada, que llamamos de *Latria*: le ofrecemos sacrificios, le erigimos altares y templos, lo invocamos y alabamos por sí mismo, nos le consagramos y nos le sacrificamos por la penitencia, la austeridad de vida y el martirio. Mas no así con respecto á los Santos.

Es verdad que el culto que les tributamos no es solamente un culto relativo, sino que se los rendimos por su propia excelencia; pero reconociendo que esta excelencia no la tienen de sí mismos, sino que la recibieron y participan de Dios, fuente única de toda bondad, de quien se deriva á sus criaturas, y de quien ellas han tenido desde el ser natural hasta la última perfeccion sobrenatural. Así es que la adoracion que les tributamos, aunque en las acciones exteriores del cuerpo y en el ejercicio interior del alma sea idéntica á la que rendimos á Dios, no lo es en la estimacion y concepto; sino que distan infinitamente una de otra, y tanto cuanto dista el Criador de la criatura. Jamas atribuímos á la criatura lo que es propio del Criador; pues bien conocemos que aunque haya llegado á una eminentísima santidad, y ésta haya sido premiada con la gloria mas sublime, no es mas que criatura de Dios. Celebramos á honra suya el sacrificio de la misa; pero este sacrificio se ofrece á Dios, no al Santo: erigimos templos á honra de los Santos, y aun

bajo su título ó nombre; pero la dedicacion y consagracion del templo directamente se hace á Dios, y solo cedé en honra del Santo el que haya un templo bajo su título, y en que se le celebre especialmente. Oramos á Dios, y oramos á los Santos; mas á Dios oramos como á nuestro soberano dueño, y dueño de los dones que le pedimos nos dé ó conceda; y á los Santos oramos como á intercesores nuestros, para que interpongan sus méritos y ruegos con nuestro Dios, á fin de que nos conceda lo que le pedimos. Finalmente, adoramos las reliquias é imágenes de los Santos; pero sin sacarlas de su estera; y les rendimos el culto mismo que debemos á ellos, que fueron templos vivos de Dios. Si la excelencia de los Santos hubiera sido puramente humana, ó del órden político y civil, los honraríamos con un culto civil; mas siendo, como es, espiritual, sagrada, mística, divina, los honramos con culto religioso, que llamamos de *Dulia*; á diferencia del culto de *Latria* con que honramos á Dios.

Al asignar esta diferencia entre culto y culto, debemos habernos convencido mas de la justicia con que honramos y veneramos á los Santos; pues así como hemos visto que Dios merece nuestro culto por la excelencia infinita en que excede á todos los Santos y á todo lo criado, así debemos ver tambien que los Santos merecen nuestro culto por la excelencia con que nos exceden á nosotros, que tan inferiores les somos, y que tanto distamos de la eminencia de su santidad y del cúmulo de gloria con que el Señor los ha premiado y sublimado. Per último, la gratitud exige de nosotros que los honremos; pues les somos deudores del ejemplo con que nos edifican y de la intercesion con que nos benefician.

#### FIN DEL TOMO PRIMERO.